

na, y él que entraba vido venir un navío y un bergantín; esperóle, y era el bachiller Anciso, el cual lo traía cargado de bastimentos, y 150 hombres y doce yeguas, y algunos caballos, y puercas con sus berracos para criar. Traía también muchos tiros de pólvora, y lanzas, y espadas y otras armas, y trujera más de la gente que había en esta isla, muy adebdada, porque concertó con muchos que se saliesen á la costa de la mar del Sur, en los puertos que había hasta el cabo de la isla, y que él iría con su navío y bergantín por ellos, y los iría tomando cuantos hallase; pero, sabido por el Almirante, mandó que fuese una nao armada con él, hasta dejallo pasado desta isla, porque los acreedores se lo requirieron.

Con toda la diligencia que se puso, no dejó Vasco Nuñez de Balboa de ir en el navío, metido en una pipa vacía; dijose que contra voluntad y sin saberlo Anciso. Este Vasco Nuñez era uno de los que muchas Judas debía, vecino del postrero pueblo desta isla, al Occidente, llamado Salvatierra de la Zabana, donde tenia indios de repartimiento, natural de Badajoz. Era mancebo de hasta treinta y cinco ó pocos años, bien alto y dispuesto de cuerpo, y buenos miembros y fuerzas, y gentil gesto de hombre muy entendido, y para sufrir mucho trabajo; éste había venido á la tierra firme, cuando vino á descubrir é rescatar Bastidas, de quien arriba hicimos mención. Salidos á la mar, salió él de su pipa, y dijeron que desde lo vido Anciso se movió á mucha ira contra él, certificándole que lo había de hacer echar en una isla despoblada, pues merecia muerte por las leyes; pero, dello por se humillar, y dello porque otros á Anciso rogaron, se aplacó Anciso, y así Vasco Nuñez se quedó porque tenia Dios determinado de hacer otra cosa del, por su mal.

Así que, llegando Anciso al bergantín, y cognoscido que era de la gente de Hojeda, creyó que se venian sin licencia y ahuyendo se absentaban, y como era Alcalde mayor por el Hojeda, como se dijo atras, quiso luego prendellos y castigallos, no curando ni creyendo que Hojeda fuese salido de allí, ni de lo que más de sus infortunios alegaban. Pero referidos en particular los trabajos, hambres y muertes que habían pasado, y mostrada la provision, que Hojeda, de Capitan, dejó á Francisco Pizarro, comenzó á creer Anciso lo que le parecía no poder haber pasado. Sintiendo

81-II. MOT

y mostrando de lo acaecido gran dolor, dijoles, que ya que aquello era pasado, que por la postura y contrato que él con Hojeda había puesto, era todavía obligado á llevar hasta Urabá, y allí esperalle y entre tanto hacer lo que pudiese de su parte; ellos, como de tan desesperada vida y peligros se habían escapado, tornarse á ellos como de la misma muerte reusaban, rogándole que por ninguna vía se lo mandase, y que él no lo debía hacer, porque como ellos no se viese y desense, y que si no quisiese que á esta isla se tornasen, que se fuese á la gobernacion de Veragua, donde Nicuesa estaba. Finalmente, dello por ruegos y persuasiones, y poniéndoles delante cebo para movellos, que saltarian en tierra y harian esclavos para traer ó enviar á esta isla, dello mostrando imperio como Justicia mayor, hobó de hacer que á Urabá tornasen, pero antes que de Cartagena partiesen, tuvo necesidad el navío de Anciso de tomar agua y adobar la barca del navío, que se le había quebrado. Para esto echó cierta gente en tierra con los oficiales, y estando adobando la barca, vinieron muchas gentes de los indios (como estaban hostigados de los estragos que habían hecho en aquella provincia Hojeda y Nicuesa), con sus arcos y flechas, y cercáronlos, y ni los indios les acometieron, ni tampoco á los indios los cristianos, y así los tuvieron tres dias cercados. En todos tres dias cada gente estaba sobre aviso, velándose y aparejada para si la otra intentaba algo, puestos los ojos en la otra, sin descuidarse.

Estando en esta disposicion ambas, salieron dos españoles dentre los otros á henchir y traer del rio, que allí estaba junto, una botija de agua, á los cuales, como viesen los indios moverse, arremetieron muy de presto 10 indios, con uno que parecia ser su Capitan, y cercan los dos españoles y apuntan en ellos las flechas con ojos airados, amagándoles como que los querian tirar, pero no desarmaban los arcos. Visto esto, el uno de los dos da de huir donde los muchos estaban adobando la barca, quedando el otro sin temor, y con palabras de afrenta llamándolo. Tornó el otro, y dícele que hablase á los indios en su lenguaje, porque había ya, de los indios que por allí habían captivado y robado, aprendido algunos vocablos de su habla. Comenzóles á hablar, y como los indios oyeron palabras de su lengua, espantados comienzan á blandear y segurarse, y preguntáronle que quien eran sus Capitanes, y qué querian ó bus-

CAPITULO LXIII.

caban. Respondió el español, que eran gente que venian de otras tierras sin hacer mal á nadie, y que se maravillaban que ellos los perturbasen, saltando en aquella costa con necesidad, y mirasen lo que hacian, porque vernian dellos mucha gente armada y los harian mucho daño. Avisado Anciso que los indios cristianos presos ó no dejaban venir los dos cristianos, salió del navío con mucha gente armada, con liarto miedo de las flechas venenadas, su poco á poco yendo para ellos; el que los entendia hizo señal que no acometiesen nada, porque los indios no querian sino paz, porque creian que eran Hojeda y Nicuesa, que sin culpa suya les habían hecho tan grandes daños, matándolos, y quemándolos, y llevando tantos captivos como les habían llevado, en los cuales venian á vengarse, pero, pues no eran dellos ni les habían hecho agravio, que á los que no les dañaban no era su intencion dañarlos, porque hacer el contrario era malo. Y para señal dello dejaron los arcos y las flechas, y van de presto y traenles pan de su maiz y pescado salado, y vino de sus brebajes, y así quedaron pacíficos y en amistad de los cristianos.

Este caso refiere también Pedro Mártir, en su segunda Década, cap. 19 la cual escribió al Papa Leon X. Buena señal es ésta de que aquellas gentes de Cartagena, que ante los Reyes habían sido de bravas, y que hacian, sin cansa, mal á los cristianos, infamadas, como en el cap. 19 contamos, que si no se les hobieran hecho daños, poco había que trabajar para, por amor y obras cristianas, y de hombres de razon, ganallas; pues habiendo tan pocos dias que rescibidos de Hojeda y Nicuesa tan irreparables males y estragos; y aún teniendo justísima guerra por ellos contra todo español, tuvieron tanto sufrimiento y moderacion á no acometer á estos luego, saltando en su tierra sin su licencia, hasta ver si eran de los que les habían tan injustamente maltratado, ó si de nuevo los venian á infestar como los pasados. Y estas particularidades fuera bien que los del Consejo del Rey examinaran, como, segun Dios y razon aún humana, eran obligados; pero por su gran ignorancia, como queda dicho, y aún presumpcion de ser letrados, erraron mil veces en el derecho que no les era licito ignorarlo, y así tuvieron, de lo que tanto importaba, ningun cuidado.

* Pártese Anciso para Urabá y al entrar al puerto se hace pedazos la nao perdiéndose los bastimentos.—Del desgraciado éxito que tuvo la expedicion de Anciso contra los indios.—Por consejo de Vasco Nuñez determinan irse al Darien.—Resisten los indios pero son puestos en fuga por los españoles que ocupan el pueblo.—Otra version sobre este suceso.—Reflexiones sobre la conducta de los españoles.

Tornando al propósito de la historia, partióse Anciso de Cartagena para Urabá, llevando consigo el bergantín, con Francisco Pizarro, y los que de tantos infortunios se habían con él escapado; el qual, entrando en el puerto, por desquido del marinero que llevaba el timon ó gobernario, dió la nao en cierta arena ó bajo, que está en la punta oriental de aquella entrada, la cual, con la resaca, que son las olas que quiebran en la ribera, y con la corriente que allí hace, quasi en un momento fué hecha la nao pedazos; en el bergantín y en la barca con mucho peligro, se salvó la gente, quasi desnudos todos, y con algunas armas, de los bastimentos salvaron una poca de harina, y algun bizcocho, y algunos quesos; las yeguas, y caballos, y puercas, todos se ahogaron. Todos estos argumentos y claras señales de aprobar Dios las estaciones en que los ciegos pecadores andaban. Salidos de este modo á tierra, comenzaron á hambrear, comian palmitos y frutos ciertos de las palmas, socorriólos Dios, con topallos con muchas manadas de puercos monteses de la misma tierra, que son más pequeños que los nuestros, de cuyas carnes por algunos dias se mantuvieron; acabados los puercos monteses, y faltándoles lo suyo, era por fuerza que habían de ir á tomar lo ageno, y no es excusado ante Dios, quien se pone y expone á tal peligro. Acuerda luego Anciso ir con 100 hombres, á inquietar y robar y matar los que en sus casas, sin haberle injuriado ni hecho otro daño alguno, pacíficos vivian, por tomarles violentamente su comida, pero no sin riesgo de su propia vida; lo que tocaba al alma, por entónces, poco escrúpulo ni cuidado había. Salidos ciertas leguas, toparon, no 100, como ellos iban, ni 1.000 ni 2.000 armados con arcabuces, ni otra especie de artilleria, sino con solos desnudos y tres indios; los cuales con tanto denuedo y esfuerzo acometieron á los 100 que llevaba

Anciso, como si fueran dos, y los indios 1.000; sueltan sus flechas llenas de ponzoñoso veneno, tan de presto, que ántes que los españoles tuviesen lugar de revolverse, tenían clavados muchos, y muchos rabian-do muertos, y gastadas ó vacias las aljabas de sus flechas, sin errar alguna, botaron á huir que parecían viento. Tórnase Anciso con los que quedaron vivos, por muchas maneras atribulados é infelices, torna la opinión y las voces y consejos, que ántes habia, de salir é dejar aquella tierra, como á enemiga de sus vidas, y es de creer que Francisco Pizarro y los de su compañía zaheririan é acusarian su porfia de venir á ella el bachiller Anciso; ayudaba la opinión que la dejasen, haber ya quemado los indios la fortaleza que Hojeda hizo, y treinta casas que los españoles allí tenían, y áun díjose que el mismo Anciso se quiso hurtar de su gente y venir á esta isla en los bergantines, aunque despues, segun dijeron, con juramento aquesta culpa satisfizo.

Estando todos en aquesta extrema tristeza, no sabiendo qué hacerse, oyendo cada uno á cada cual su sentencia, dijo Vasco Nuñez de Balboa: "Yo me acuerdo que los años pasados, viniendo por esta costa con Rodrigo de Bastidas, á descubrir, entramos en este golfo, y á la parte del Occidente, en este golfo, y á la parte del Occidente, á la mano derecha, segun me parece, salimos en tierra, y vimos un pueblo de la otra banda, de un gran rio, y muy fresca y abundante tierra de comida, y la gente de ella no ponía hierba en sus flechas." Todos, sin dudar en cosa de lo que Vasco Nuñez dijo, concurrieron en un parecer, que luego se fuese á buscar el rio y el pueblo que Vasco Nuñez decia; este rio es el que los indios llamaban el Darien, que dicen que es otro Nilo en Egipto. Salta luego Anciso y Vasco Nuñez con los que más cupieron en los bergantines y en la barca del navío perdido, van allá, y hallan verdad, todo lo que Vasco Nuñez habia dicho; pero desde los indios vieron, y el señor de ellos que se llamaba Cemaco, los bergantines españoles, como habian oido sus obras, mujeres y niños, que no eran para pelear, enviados huyendo, de los varones juntáronse obra de 500, y esperaron á los españoles en un cerrillo. Como Anciso y los suyos vieron á los indios así aparejados para pelear, temiendo más la ponzoña de la hierba que las personas (porque sin ella, para contra españoles, poco y nada pueden), hincáronse de rodillas y con mucha

devoción, segun la que les parecia que tenían, encomendáronse á Dios y hicieron voto á Nuestra Señora, como en Sevilla dicen, del Antigua, con cuya imágen toda la ciudad tiene gran devoción, de, si les diese vencimiento, la primera iglesia é pueblo que hiciesen por allí, intitullala que se llamase Sancta María del Antigua, y más desto, que enviarian un romero á Sevilla para que le ofreciese, por todos, algunas joyas de oro y plata que con él enviarian. Hízoles obligar á todos, con juramento que les tomó, que ninguno huyese ni volviese las espaldas, á muerte ó á vida; hechas todas estas diligencias, armados de sus espadas, lanzas y rodelas, arremeten á los indios, y los indios, desnudos, á ellos, tirando sus flechas, como de niños, como les faltase hierba; ellos con las espadas, cortándolos por medio, y con las lanzas, en un credo alanceando cada uno 20, pusieron al cabo en huida los que quedaron vivos. Entraron en el pueblo, y halláronlo todo, como lo habian meyster, lleno de comida; otro dia entraron por la tierra y los montes que por ella habia, y hallaron algunos barrios ó casas vacías de gente, por haber todas huido, pero llenas de vasos, y otras alhajas de casa para el cotidiano servicio, y de cosas hechas de algodón, como naguas para las mujeres, que son como medias fallidas, donde hobieron mucho algodón hilado y con pelo, y lo que más ellos deseaban y andaban á buscar, con tantos peligros del ánima y del cuerpo, muchas piezas de oro, que se ponían en los pechos y en las orejas, y en otras partes, joyas de diversas hechuras, que hasta 10.000 castellanos de oro fino pesarian.

De diferente manera hallo en mis memoriales viejos, habida relación de los que creo que se hallaron en esto, conviene á saber, que el cacique Cemaco, señor de aquella tierra, luego se aplacó y rescibió de paz los españoles, y les dió graciosos, de su voluntad, entendiendo lo que buscaban, 8 ó 10.000 pesos de oro, pero que le preguntaron donde se cogia de aquello, y respondió que les venia del cielo; forzándolo que dijese la verdad, dijo, que las piezas grandes las cogian de 25 leguas de allí, y lo menudito, de unos rios de por allí cerca. Dijéronle que fuese á mostrálos, respondió que le placía, pero que queria ir primero á llamar unos indios suyos, que fuesen con él; notificó á los indios, lo que los españoles pretendian, respondiéronle los indios que no lo descubriese, porque nunca saldrían de

aquella tierra, por lo cual el Cacique se fué á esconder á un pueblo ó tierra de un vasallo suyo. Fueron tras él, y prendiéronlo; preguntándole que de dónde cogian aquel oro, respondió, como ántes, que le venia del cielo. Dárle grandes tormentos, por los cuales descubrió los minas; finalmente, soltóse despues, y recogió sus gentes y amigos, y viene contra los españoles, y entónces debian hacer sus oraciones y voto el bachiller Anciso. . . . (1)

Con este gran triunfo muy alegres, Anciso envió por los otros compañeros que quedaron á la otra banda oriental de aquel golfo, por no haber en los bergantines, los cuales, como los vieron, y oidas las nuevas de la abundancia de la comida y fertilidad de las tierras, y más de ser de oro ricas, ¿quién podrá encarecer el regocijo que hobieron, bañados de alegría? Con este favor de haber salido verdad lo que Vasco Nuñez dijo, y siendo él la guía sucedelles tan próspero, que mejor esperallo no podian, cobró Vasco Nuñez mucha reputación entre todos aquellos españoles, y á tener amigos, y en sí mismo más estimación de la que debia. No es razon de pasar de aquí sin alguna consideración de cristiandad, y no insensiblemente como lo harian los gentiles, que ni áun los cuerdos dellos, por semejantes cosas, fácilmente, sin mirar en ellas, pasarian. ¿Que hobiese tan tupida ceguedad en aquellos, y mayormente en el bachiller Anciso, que parece que por sus leyes debiera más presto sentilla, que disponiendo de infestar, matar, y captivar, y robar á una gente apartada, en su tierra y casas segura sin les haber ofendido, no menos que las otras inocentísimas, que ni los indios á españoles, ni españoles á los indios habian visto, hiciesen oración á Dios, y hiciesen votos á la Virgen María del Antigua, porque les ayudasen y favoreciesen á perpetrar tan impías, tan crueles, tan violentas, tiránicas, y de Dios tan ignominiosas y afrentosas injusticias! ¿Qué otra cosa era lo que allí en aquellas oraciones y votos hacian, sino hacer ó tomar por compañero á Dios y su Madre Sancta María, de los robos, homicidios, y captiverios é infamias de la fé, y sangre que derramaban, y rapiñas que perpetraban, partícipes? Daban á Dios y á su Sancta Madre oficios, que

(1) Hasta aquí, desde "De diferente manera," es de letra de las Casas, y no pueden leerse las últimas palabras por haber sido cortadas al encuadernar el libro.

no son de otros propios, sino de los demonios y de sus ministros.

Los que en las obras del diablo andan ocupados, como estos andaban, matando, captivando, robando y escandalizando los inocentes que mal nunca les merecieron, é infamando la fé de Jesucristo, y, por consiguiente, impidiendo que gentes no se convirtiesen, no tienen necesidad de ayuda de Dios, sino del diablo; y aquel, por las obras tales, con el diablo vive, y aunque busque y pida la ayuda de Dios, no la hallará, como el ladrón que vá á hurtar, que se encomienda á Dios que le ayude á que salga en salvo con el hurto, y el que entre en algun lugar para cometer fornicación, porque no sabe la Justicia de Dios dar favor á los crimenes é injusticias. Todo esto es de Sant Crisóstomo, sobre San Mateo: *Qui in diaboli iniquitatibus ambulat diaboli adiutorium necessarium habet. Colonus diaboli auxilium si quaesierit non inveniet. Vidisti aliquando euntem ad furtum, Deum orare ut bene prosperetur in furto? Aut qui vadit ad fornicationem numquid signum crucis ponit sibi in fronte, ut non comprehendatur in crimine? Quod si fecerit non juvatur, quia nescit iustitia Dei patrocini-um dare criminibus.* Esto es de Sant Crisóstomo; véa o bien el cristiano lector, y determine si hobó lugar la sentencia de Sant Crisóstomo en Anciso y en su compañía. Considere tambien, si nombra la iglesia del título de Sancta María del Antigua, y enviar á la capilla de la Virgen, que está en Sevilla, las joyas que les prometieron por voto, si fué á Dios y á su Sancta Madre acepto sacrificio. No debiera de ignorar Anciso aquello que en el Eclesiástico está escripto, y áun en los "Decretos," si los profesó, lo pudiera haber visto: *Immolantes ex incivio oblatio est maculata. Dona iniquorum non probat Altissimus, nec respicit in oblationibus iniquorum,* etc. Y que aunque Dios les permitió hacer los grandes pecados que allí cometieron, y quiso que saliesen con victoria, los tristes inocentes indios vencidos, no se debieran de tener por sanctos y devotos de Dios, estimando que por sus oraciones fueron oidos y favorecidos, porque Dios suele sacar de nuestras maldades los frutos para su gloria y honra que determina, porque, de otra manera, nunca los permitiría. El fruto que de aquellos insultos y obras infernales Dios sacaría, sería algun predestinado que allí tenia,

puéstó que no fuese más de sólo uno; pero no por eso se sigue que apruebe las obras de los que, haciendo contra su ley é mandamientos, inexpiablemente le desirven.

Y cabe bien aquí lo que refieren las historias de aquel Alexandro Magno, que traía en el mundo el mismo oficio que los españoles han traído y traen por todas estas Indias, infestando, escandalizando, matando, robando, captivando, sujetando y usurpando los reinos ajenos y gentes que nada les debían. Este, siendo infiel idólatra, enemigo del linaje humano, infernalísimo, llegando á los montes Caspios, donde habían sido puestos y desterrados, llevados captivos, los diez tribus de Israel, por Teglyphalasar y Salmanazar, reyes de los Asirios, del cual captiverio se trata en el capítulo 15 y 17 del IV de los Reyes, los cuales no podían salir de allí por edicto público, que se les puso por los mismos Reyes ya dichos, enviaronle á suplicar, como lo vieron que señoreaba el mundo, les diese licencia para salir y volverse á su tierra, que era Jerusalem y la de promisión; y como Alexandre preguntase la causa de su destierro, fuéle respondido, que porque apostataron, dejando á su Dios de Israel por adorar los becerros de oro, que les constituyó por dioses Jeroboan, y les ofrecieron sacrificio, y que por los profetas les estaba profetizado que nunca habían de salir, por aquel pecado, de captiverio. En tónces respondió Alexandre, que dignos eran de ser, más de lo que estaban, encerrados, y que él quería más estrechamente les encerrar. Mandó luego á su ejército que, con tierra y cal y otros materiales, hiciesen otras sierras ó montes para cerrar los montes Caspios, que debían tener alguna abertura ó entrada, para donde los diez tribus desterrados estaban; pero como viese Alexandre ser obra que sobrepujaba las fuerzas humanas, hizo oración á Dios de Israel, que él, con su poder, aquella obra perficionase. Luego se juntaron las dos sierras ó montes, por manera que ya no se puede aquel lugar andar, ni entrar ni salir nadie. Señal manifiesta, que no es la voluntad de Dios que aquellos diez tribus, ni alguna persona dellos, de allí salgan; saldrán cerca de la fin del mundo, y harán en los hombres grandes estragos. Todo esto dice el Maestro de las Historias escolásticas sobre Esther, cap. 5º, y el Vicentio en el "Speculo historial," libro V, cap. 43, y otros historiadores. El Burgense, en las adiciones al Nicolao de Lira, expone á la

larga el cap. 18 de Esaías de aquellos diez tribus, conforme á lo que queda dicho. También refiere Josepho, en el fin del libro II, de las "Antigüedades," que yendo Alexandre contra Dario, y no habiendo camino por donde pasase su ejército, se le abrió la mar que llaman Pamphílica ó mar Pamphílico, por voluntad de Dios, porque determinó de destruir por manos de Alexandre el reino de los Persas. Esto es de Josepho. Así que, aplicando todo ésto á nuestro propósito, pues oyó Dios la oración de Alexandre, infiel y turbador sangriento del linaje humano, y por ella quiso hacer aquel señalado milagro, para cumplir su divina voluntad en lo que tenía determinado, sin merecimiento ni provecho suyo, pues se fué á los infiernos al cabo, no debió de presumir Anciso, ni los que con él estaban, que, porque orasen y Dios les diese victoria, que pareciese, y lo fuese, milagro, que de allí se siguiese que aquellas obras, y las semejantes que hacían, Dios las aprobase, siendo tan injustas y por su ley tan reprobadas; y por tanto, si penitencia en el artículo de la muerte no les valió, yo temo que se han visto en trabajo, y plega á Dios que no sea peor que el de Alexandre, porque más que los infieles y en mayor grado de gravedad peccan los cristianos, en cualquiera género de pecado. Lo mismo deben temer de sí todos los que por estas Indias en tales estaciones andan.

CAPITULO LXIV.

* Fundación de Santa María del Antigua.—Intrigas de Vasco Nuñez por que se negase la obediencia á Anciso.—Prohíbe Anciso el rescate del oro.—Indígnanse todos y le quitan el mando, eligiendo en seguida Alcaldes y Regidores.—Divídense en tres partidos.—Llega Rodrigo de Colmenares despues de haber padecido gran tormenta, así como los ataques de los indios en el pueblo de Santa Marta.—De la alegría que con su llegada recibieron los del Darien.—Acuérdase ir á buscar á Nicuesa y rogarle que viniese á gobernarlos.

En cumplimiento, pues, de su voto, acordó Anciso y todos de asentar luego allí una villa que se llamase Santa María del Antigua del Darien, que era nombre propio del pueblo de los indios, ó del río gran-

de quepor allí pasa ó pasaba, porque ya todo está por allí, como en lo demás, asolado; y para prueba de su sanctidad, por quien Dios hacia milagros, comenzó luego á crecer la grande ambición, entre aquellos nuevos pobladores, que tenían en sus pechos, y que con sus compañeras los había llevado allá, y, según se dijo, el principio de todas las disensiones fué Vasco Nuñez de Balboa. Como ya tenía, como se dijo, entre los otros autoridad, trabajaba de secreto con los que sentía tener amistad, que quitasen la obediencia á Anciso, diciendo no tener ya jurisdicción, pues habían salido de los límites de la gobernación de Hojeda, cuyo era en ellos Alcalde mayor; y no decían mal, si verdad era que aquella tierra salía de los dichos términos, como creo ser verdad, si lo demás fuera agua limpia, que no pretendiera él mandar. Pero, cierto, mejor dijeran que ni Anciso con todos ellos, ni juntado con ellos Hojeda, tenía una punta de alfiler de jurisdicción, pues estaban en reinos y tierras ajenas, donde había y señoreaban propios y naturales Reyes y señores, con justa é legítima y natural jurisdicción, á la cual Hojeda y todos ellos eran sujetos, aunque les pesara, y eran obligados, so pena de incurrir en grandes pecados de inobediencia, de obedecer á los Caciques, señores y Reyes de aquellos reinos, y cumplir sus mandamientos, y vivir según sus leyes mientras en la tierra estuvieran, en todo aquello que no fuera contrario á nuestra santa fé y cristiana religion. Y ésto verán los que quisieren leer nuestro libro, escripto en latin, cuyo título es: *De unico vocationis modo omnium ad veram religionem*, más claro que el sol.

Tornando al propósito, andando en estos secretos tractos unos con otros, mandó Anciso, presumiendo de Alcalde mayor, que ninguno fuese osado, so pena de muerte, rescatar con los indios oro alguno; Dios supo con que intento, al ménos todos creían ó murmuraban, que por haberlo él para sí todo. De ésto indignados todos, porque aquel daño tuvieron por comun, acuerdan de quitalle la obediencia y el mando, diciendo que no tenía poder ni jurisdicción sobre ellos, por la causa dicha y otras razones que alegaron; Anciso privado é impedido del mando y gobierno, acuerdan entre todos elegir Alcaldes y Regidores, y cayó la suerte de Alcaldes, al Vasco Nuñez, y creo que á uno llamado fulano Zamudio, y por Regidor un Valdivia, y otros

de que no tuvo noticia. No contentos con los Alcaldes y gobierno que habían elegido, ó descontentos de su manera de regir ó arrepentidos de haber dejado ó excluido al Anciso, no contentos ni asesegados sus corazones, como quien andaba fuera de la vida cristiana que debieran vivir, tornaron á tener contenciones sobre la gobernación, alegando algunos que no convenia estar sin superior, uno sólo, que los gobernase, y así, algunas veces estaban para peligrosamente reñir. En estas sus porfias se dividieron todos en tres partes: la una decía que se restituyese á Anciso en su grado prístino, hasta que el Rey los proveyese de Gobernador, teniendo dello aviso; la otra, defendía otra opinión, diciendo que á Nicuesa se habían de subjectar, pues aquella tierra caía dentro de sus límites; la tercera, era de los amigos de Vasco Nuñez, que contendían que estaba bien así, ó que si había de ser único que aquel fuese nombrado y elegido; los cuales, con estas contiendas y opiniones, así divisos, llegó un Rodrigo de Colmenares, desta isla, que puso fin por algun tiempo á estas porfias. A ésto Colmenares, según creo, dejó Nicuesa en esta isla para que fuese despues dél recogiendo los bastimentos, que dejaba haciendo en sus haciendas que en esta isla tenía, ó por ventura lo dejó para este fin en Castilla.

Este, partido de aquí con dos navios de bastimentos y provisiones otras necesarias, y 60 hombres que iban dedicados al mismo oficio, llegó con sus navios, despues de haber padecido gran tormenta en el camino, al puerto de Sancta Marta, obra de 50 ó 60 leguas del de Cartagena, el cual los indios llamaban Gayra, la y letra luenga. Quisieron allí tomar agua, y como los indios vieron los navios, y habían entendido las obras que los españoles habían hecho á los de Cartagena, sus vecinos, acordaron de hacellos alguna burla, porque descuidándose no les acaesciese rescibilla. Saltaron en las barcas de los navios, ó en la una dellas, de los españoles 50, y llegados al río, dijeron que salió el señor de aquella tierra con 20 de sus allegados, vestido de cierta manera con manta de algodón, como quiera que todos los indios anden por allí desnudos, y llegando cerca díjoles por señas, que no tomasen de allí agua, porque no era buena, señalándoles abajo (ó arriba), otro río, al qual yendo los españoles, con la resaca y braveza de la mar no pudieron llegar y tornáronse al de don-

de habían venido; y estando embasando sus pipas ó vasijs, saltan de súbito, según les pareció, hasta 70 indios, y ántes que los españoles se revolviessen, los tenían, á 47 dellos, con hierba, ponzoñosa, heridos. Tomáronles la una barca ó barcas y hácenlas pedazos luégo; creo que de los heridos huyeron al navío, nadando, ó en la una barca, pero llegados á los navíos todos los heridos murieron, que no se escapó sino sólo uno vivo. Escondiéronse siete dellos en unas concavidades de cierto árbol grande hasta que anocheciese, para se ir después á las naos, ó nadando, ó que viniesen por ellos; pero como en aquella noche, por no rescibir más daño y por creer que aquellos serian muertos, se hicieron á la vela, no hobó más memoria dellos.

Partióse, pues, del puerto de Sancta Marta, Colmenares, con la pérdida dicha de los españoles, y con extrema tristeza, para el golfo de Urabá derecho, por tomar de allí alguna nueva donde hobiese parado Diego de Nicuesa, el cual, no viendo ni oyendo persona ninguna en la parte de Oriente del golfo, donde creía que podían estar Hojeda ó los suyos, quedó espantado, si eran todos muertos ó á otra parte idos, no sabiendo qué fuese dellos. Acordó de tirar muchos tiros de artillería, por que si por allí estaban lo oyesen, y hacer muchas hogueras ó ahumadas de noche y de día sobre unas altas peñas. Atruénase todo el golfo de una parte á otra, que tiene de ancho seis leguas; oyéronlo con espanto los del pueblo de Sancta María del Antigua, y las ahumadas también vieron; responden con otras tales muchas veces, por manera que atinó Colmenares, que cristianos debieran estar á la parte del golfo de la mano derecha ó del Occidente; finalmente, hobo de llegar á ellos, quasi mediado Noviembre, año de 1510. Fué inestimable la alegría y gozo que con su venida todos rescibieron, con todos los trabajos y muertes y adversidades que cada uno dellos habían padecido. Preguntando por Nicuesa ninguna nueva le dieron; todo el gozo de los unos y de los otros, de tristeza y dolor tenía harta mezcla. Repartió de los bastimentos que traía con todos aquellos, por manera que contándose los unos á los otros sus duelos, con el pan y comida que de nuevo á los que estaban venía, les fueron tolerables y buenos. Con esta liberalidad, que Colmenares de los bastimentos con ellos hizo, ganó las voluntades de los más que resistían que no se llamase para

los gobernar Nicuesa, y así ganada la opinión contraria, ó la mayor parte, acordóse que fuesen á buscar á Nicuesa, y hallado lo convidasen y rogasen tuviese por bien de venir á gobernarlos, porque ellos se le querian subjectar. Enviaron para ello con Colmenares á uno llamado Diego Albítez, y al bachiller Corral, y el cargo principal dieron á Colmenares.

CAPITULO LXV.

* De lo que había sucedido á Diego de Nicuesa.— De cómo se separó Lope de Olano extendiendo la voz que Nicuesa se había perdido y ahogado. — Entrase Olano por el rio de Veragua, y de las hambres y angustias que allí padeció.— Terribles extremos á que se vieron reducidos Nicuesa y los suyos, durante tres meses que permanecieron en una isla destituida de todo recurso.

Dejemos partidos á los mensajeros ó procuradores que van á buscar y á llamar á Diego de Nicuesa, sin saber dónde estaba ó qué había sido dél, y contémoslo aquí hasta el punto que Colmenares y los mensajeros le hallaron, y será referir una tragedia de las más infelices y desastradas que acaescieron después en estas partes. Metióse, pues, Diego de Nicuesa en una carabela, y mandó que con él junto fuesen siempre los dos bergantines, en uno de los cuales mandó que fuese por capitán Lope de Olano, que era su Capitán general en toda la armada, y las naos grandes ordenó que fuesen más metidas en la mar, por miedo de los bajos, y él se iría más llegado á tierra, todos en demanda de Veragua, hizo se á la vela é del puerto de Cartagena, desde á poco que salió de él Alonso de Hojeda, con el intento y órden que se ha contado. Comenzó luego la mar y vientos á serle contrarios, porque se levantó gran tormenta, y llegando sobre la costa ó ribera de Veragua, una noche, por huir de los peligros que padescen los navíos, andando de noche cerca de tierra, y el remedio general es hacerse á la mar, tomó para sí también Nicuesa, y en anocheciendo apartóse de la tierra con su carabela, estimando, como se debía estimar, que los seguía, con los dos bergantines, Lope de Olano; pero no lo hizo así, ántes, cerca de una isleta, estuvo aquella noche

(como dicen los marineros), al reparo. Aquello dijeron que hizo por miedo de la tormenta, y algunos, y el mismo Nicuesa, tuvieron sospecha, que por alzarse con el armada y gobernacion lo hizo Lope de Olano; alguna presuncion se pudo tener de esto contra él, porque fué uno de los que anduvieron en esta isla, con Francisco Roldán, contra el Almirante, alzados, de los cuales arriba, en el libro I, escribimos largo, é yo sé que fué dellos uno Lope de Olano.

Así que como amaneció y no pareció la carabela donde iba Nicuesa, no curó de ir á buscarlo, ántes se arrió á buscar las naos, las cuales halló en un rio que llamaron el rio de los Lagartos, y así se nombra hoy en las cartas de marear, y hoy se llama comunmente rio de Chagre, está, de lo que llamamos hoy el puerto y ciudad del Nombre de Dios, 20 leguas largas. Llegado allí, halló las naos quasi descargadas de todos los bastimentos y hacienda que tenían, porque de la bruma estaban todas comidas que se anegaban; allí echó fama Lope de Olano que Nicuesa era perdido y ahogado, y que por gran ventura él se había escapado, y como fuese Capitán general de Nicuesa, ó porque todos lo eligieron de nuevo, ellos le obedecían y él los mandaba; y dijeron algunos, que, de industria, dejó las naos en cierta punta del rio de Belem, donde las hizo pasar con la gente para buscar allí asiento para poblar, que dista cuatro ó cinco leguas del de Veragua, porque se perdiesen, porque de salir de allí los españoles, como andaban hambrientos y atribulados, perdiesen el ánima. Y porque las naos quedaban en dicha punta, que no podían entrar en el rio por ser baja la entrada, él embarcado en una barca de gente bien esquivada (quiere decir llena y bien aparejada), en la entrada del rio, con la resaca y braveza de la mar, se lejanegó la barca y se le ahogaron 14 hombres, salvándose él por gran maravilla, con otros que supieron bien nadar; estuvo en tierra con los demas, sin comer cuatro dias, porque por la tormenta no pudieron sacar bastimento ninguno de las naos del rio de Belem, que está, como dije, cuatro leguas de Veragua, al Oriente.

Metido en los bergantines, y una barca, con la gente que pudo caber en ellos, entró por el rio de Veragua, en el cual mandó que hiciesen catas para saber si había oro, y hallando mucha muestra dello, negábanlo diciendo que no había oro ni co-

mida, sino que era tierra desesperada; esto hacían y decían porque andaban todos ya muy angustiados; y porque no pensase de perseverar en aquella tierra Lope de Olano, y buscar remedio para se pasar á esta isla, por escapar de donde temían perecer de trabajos y hambre. Los que quedaron en el rio de Belem, como comían por tasa, y por no tener convenientes moradas, porque estaban en chozas, que la humedad de la mar, y por las muchas aguas que llovía, y de lagas que se les hacían de los muchos mosquitos que había, y más de verse atajados y sin esperanza de salir de allí, atribulados moríanse muchos, no taron, en estas angustias estando, que nunca moría alguna, sino cuando la mar meneguaba; y como los enterraban en el arenal, experimentaron que en ocho dias eran comidos los cuerpos como si hobiera cincuenta años que los hobieran enterrado, lo cual tomaban por mala señal, entendiendo que áun el arenal se daba prisa á acabarlos. Afidióseles otro no chico trabajo, que una noche hizo tanta tormenta en la mar, que les comió el arenal donde tenían hechas sus chozas, por donde tuvieron necesidad de hacerlas más dentro, que les fué desconsuelo doblado. Volvió Lope de Olano de Veragua al rio de Belem, donde la otra gente de que agora hablamos estaba, y comenzó á mandar que se hiciese una carabela de las tablas de las naos que la mar había hecho pedazos; la fama ó título que se publicó era, que la carabela quería hacer para que se pasasen á esta isla, pero también se dijo que era para se aprovechar della por allí, é no para salir de aquella tierra, donde pensaba quizá ser rico. Comenzada la carabela, y andando en la obra della adelante, acabáronseles los mantenimientos, y fué tanta la hambre que padecieron que no puede ser creída; acabó de parir una yegua, que allí tenían, como lobos hambrientos arremetieron á comer las parias que echó con el hijo, y se las comieron.

Entre estas angustias que Lope de Olano y la gente que con él andaba padecía, no faltaban desventuras misérrimas y terribles tormentos al infelice Nicuesa, el cual, como amaneciese, pasada la noche de la tormenta, y no viese á los bergantines que traía Lope de Olano á par de sí, como creía que tras él venían, fué grande su tristeza temiendo no fuesen perdidos. Volvió luego con su carabela, sobre la costa, y visto un rio, metióse por él hallando abun-